

050. San Fernando y San Luis

Dos hombres Santos, dos Reyes conquistadores, dos Jefes de Estado que llenaron el siglo trece, dos glorias de la Iglesia. Esto es lo que nos toca presentar hoy con las figuras de San Fernando, Rey español, y de San Luis Rey de Francia. Los dos son primos carnales, y ambos son dos tipos acabados de hombres y de cristianos. Casados los dos, son unos esposos y padres ejemplares a todo serlo.

Sus madres —dos princesas hermanas, hijas del Rey de Castilla— son después dos Reinas a cuál más grande. Las dos son magníficas mujeres; las dos, esposas y madres estupendas; las dos, grandes educadoras de los que iban a ser reyes; las dos, extraordinarias consejeras de sus hijos. Las dos formaron a sus hijos para cristianos antes que para reyes, aunque los dos hijos resultaron tan grandes reyes como grandes cristianos, uno y otro venerados por el pueblo, y los dos, elevados después por el Papa a la gloria de los altares, son unos ejemplares luminosos de santidad seglar.

Uno y otro son reyes guerreros contra los moros y en favor de la Cristiandad. Aunque sus vidas, en cuanto a éxitos personales, no se parecen nada la una a la otra.

Fernando va siempre de victoria en victoria. La vida le sonrío en todo sentido. Parece que ha nacido para el triunfo y la felicidad. Alto, fornido, guapo, monta a caballo con garbo sin igual; arroja la lanza con gran destreza; le gusta la caza; juega al ajedrez; hace versos, canta y toca los instrumentos con maestría. Todo un hombre y todo un caballero. Alcanza en el campo de batalla muchas victorias, funda universidades y comienza a edificar las grandes catedrales góticas de España.

Entre tantos triunfos sobre los moros, destaca sobre todos la conquista de Sevilla. El santo Rey la atribuyó siempre a la Virgen. Llevaba su imagen en el arzón de su caballo, sin dejarla nunca, y se ha hecho famoso y ha pasado a la Historia su grito a la Virgen:

- *Valme* —¡ayúdame!, *Santa María*.

Era un hombre de guerra contra los musulmanes, que pretendían acabar con la cristiandad. Y las intenciones de Fernando eran claras, como dijo un día a Dios ante los hombres de su consejo: *Señor, Tú sabes que no busco una gloria perecedera, sino solamente la gloria de tu nombre.*

Siempre servidor de su pueblo, dice un testigo de su vida:

- *Escuchaba a todos. La puerta de su tienda estaba abierta día y noche. Recibía con singular agrado a los pobres, los sentaba a su mesa, les servía y les lavaba los pies.*

Y era sentencia suya, ante las necesidades de los pobres, por si dejaba de socorrerlos:

- *Más temo la maldición de una vieja pobre que todos los ejércitos de los moros.*

Antes de morir, llama a su hijo Don Alfonso, que sería un rey sin par, y le dice, hablándole de las conquistas a los moros con que ha hecho grande su reino:

- *Si guardas el reino que yo te dejo, eres tan buen rey como yo. Si ganas por ti más, eres mejor rey que yo. Y si pierdes algo, no eres tan bueno como yo.*

Es el testamento —como se dan pocos— de un tal padre para tal hijo...

Luis, el Rey de Francia, tan gran Rey y tan gran Santo como su primo Fernando, es formado por su madre Doña Blanca de Castilla en una piedad profunda. La madre lo besa, lo abraza, y le dice al niño unas palabras que se han hecho famosas:

- *Más quisiera verte muerto que cometiendo un pecado mortal.*

Ya mayor, escucha siempre el consejo de su madre en los negocios del Estado. Se casa, y se gloria de que su esposa sea su mejor consejera:

- *La reina es mi dama, y no puedo hacer nada sin su consentimiento.*

Ama y sirve a los pobres, y dice con fe profunda:

- *Los pobres son mis reclutas mejores. Combaten por mí, y mantienen mi reino en paz.*

La grandeza de su reino la considera nada en comparación de su dignidad cristiana, y, más que *Luis, Rey de Francia*, prefiere llamarse *Luis de Poisy*, porque en Poisy estaba la pila en que recibió el Bautismo.

Su fe se hizo proverbial con el caso de la aparición de Jesucristo en la Sagrada Hostia. Invitado a ir a verlo, contesta:

- *Id a verlo vosotros, que no creéis. Yo creo que está ahí presente, como nos enseña la Santa Iglesia.*

Criticado porque pasaba más tiempo rezando en la iglesia que despachando los asuntos, contesta:

- *Nadie me criticaría si emplease el doble de tiempo en jugar a las cartas o a los dados, o si pasara el día de caza por los bosques.*

En la conquista de Tierra Santa, lanza a sus soldados esta arenga formidable:

- *Nada perderemos, suceda lo que suceda. Si triunfamos, toda la cristiandad celebrará la gloria del Señor. Si somos vencidos, subiremos al Cielo como mártires.*

La cruzada terminó en fracaso, igual que su expedición al norte de Africa, donde el mismo Rey murió víctima de la peste.

Humanamente hablando, la vida de Luis fue un fracaso en el aspecto militar. Pero el triunfo sobre sí mismo, en la práctica de la virtud cristiana, lo convierte en héroe de primera talla.

Al conocer a estos dos Reyes, a los que tanto debieron sus respectivas naciones y toda la Iglesia, por la que vivían y morían, nos decimos espontáneamente: *¡Qué mujeres sus madres! ¡Qué hombres éstos! ¡Qué esposos y qué padres! ¡Qué cristianos y qué hijos de la Iglesia!...*